

mismos les dan prisa para esto, cooperando locamente, y quizá sin advertirlo, á la perdición de ellos.

Con estos pensamientos de entrar en la Cartuja redobló el joven Claret el fervor y su aplicación al estudio, tomó con nuevos bríos el cumplir fielmente sus devociones, pues, como se ha dicho, durante el corto tiempo que duró su tibieza había descuidado algunas de ellas, y así ahora, para compensar el tiempo perdido, aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían de honrar al Señor y visitarle en el sagrado tabernáculo. Y no contento con esto, levantaba á el frecuentemente su corazón por medio de jaculatorias y de ardientes deseos de entregársele todo entero lejos del mundo y de todo lo que éste con tanto afán ama y codicia. Así se fué disponiendo durante los últimos meses que estuvo en Barcelona para entrar en Religión, según era su intento; pero la providencia del Señor tenía sobre él más altos designios, para los cuales, sin él entenderlo, le iba allanando el camino, como se verá por lo que se cuenta en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO III

CARRERA ECLESIAÍSTICA Y ORDENACIÓN DEL SEÑOR CLARET (1829-1835)

1. Trasládase á Vich: método de vida que allí entabló aconsejado de su nuevo director. — 2. Va á la Cartuja, y suspende luego su entrada en ella. — 3. Sus estudios, su aplicación y talento. — 4. Prueba de su castidad, y cómo la Virgen se le apareció, premiando su victoria. — 5. Cómo se dispuso para la ordenación con el ejercicio de todas las virtudes. — 6. Recibe las sagradas órdenes y celebra su primera Misa.

1. Cerca de cuatro años había pasado el Sr. Claret en la tumultuosa capital del Principado, conservando en ella su inocencia, aunque no sin algún resfriamiento del primitivo fervor, cuando más absorto se hallaba en los quehaceres de su oficio. Entrado de nuevo en el sendero de la perfección merced á los repetidos desengaños con que el Señor le hizo experimentar la vanidad del mundo, su divina Providencia, con aquella admirable suavidad con que dispone y ordena todas las cosas á sus respectivos fines, hizo que se trasladase á la religiosa y morigerada ciudad de Vich, donde instruido por hábiles maestros y celosos directores se formase mejor en las virtudes y en las ciencias, para ser luego hábil instrumento de las maravillas que por él intentaba Dios obrar.

Vivía en Sallent D. Mariano Casajuana, encargado por el señor obispo de Vich del cobro de los derechos sobre algunas propiedades y señoríos que éste tenía en Sallent. Tenía aquél mucha entrada con el Prelado por motivo de su empleo, y era además suegro del hermano mayor de nuestro estudiante. Prendado del virtuoso joven, una vez al visitar al Sr. Obispo le habló de Antonio y de sus excelentes prendas; y como el Prelado entrara en deseos de conocerle, lo comunicó á los padres de éste, los cuales recibieron con ello grande alegría, y así, sin espera ni dilación alguna, escribieron á su hijo que pa-

sara á Vich. Temeroso Antonio de que sus padres le armaran alguna asechanza para impedirle entrar en la Cartuja, resistióse al principio á obedecer, y como el caso era tan grave, no quiso guiarse en él por su propio juicio y discreción. Lo comunicó, pues, primero á su maestro, y éste le acompañó al P. Cantí, del Oratorio, hombre de mucha experiencia. Oídas por éste las razones por las cuales el Sr. Claret temía ir á Vich, le dijo con decisión: " Vaya Ud. allá; y si es voluntad de Dios que sea Ud. cartujo, tan lejos estará el Sr. Obispo de oponerse, que antes le ayudará á conseguirlo. „ Con estas palabras se tranquilizó Antonio y se resolvió á obedecer.

Deseoso de dar gusto á sus padres en todo lo que no se oponía á la voluntad del Señor, salió de Barcelona á principios de Septiembre de 1849, y se encaminó primeramente á Sallent, lugar de su nacimiento. De aquí, el día de San Miguel Arcángel, después de oír con mucha devoción la santa Misa, partió á la ciudad de Vich acompañado de su familia, adonde llegó aquel mismo día por la noche á pesar de la copiosa lluvia que cayó durante el camino.

Era Vich entonces, y aun en gran parte lo es ahora, una ciudad medio levítica ó sacerdotal, de numeroso y edificante clero, en la cual las costumbres religiosas habian echado tan hondas raíces que aun hoy día es, en comparación de las demás ciudades, como una pequeña ciudad santa, donde se rinde al Señor fervoroso y no interrumpido culto. Varias fábricas levantadas en su seno le dan como industriosa algunos puntos de contacto con los pueblos restantes de la provincia de Barcelona; pero nada en lo demás se les parece, porque allí existen puras y vigorosas casi todas las costumbres patriarcales de sus mayores. En el inmenso valle que la rodea se alzan sobre el verde césped, á manera de blancas palomas, innumerables casitas de campo que, contemplándolas desde los montes más altos y cercanos, le dan un aspecto embelesador. En ellas habitan, para entregarse con más comodidad á la labranza, aquellos padres de la fe, monumentos vivos de la tradición cristiana. En casi todas ellas, lo mismo que en las principales casas de la ciudad, contemplaréis al anochecer la misma escena. Alrededor del *senó mestre*, joven seminarista que hace su carrera á expensas de la familia, como si fuera un individuo de ella, se reunen todos los hijos y chiquitos de la casa para oír

de los labios del futuro sacerdote la explicación de la Doctrina cristiana y aprender de él los rudimentos de las primeras letras. A una hora determinada el joven levita, á quien todos respetan por la dignidad sacerdotal á que aspira, hace la señal de la cruz para empezar el rezo del santísimo Rosario, que él mismo dirige, y al que asisten todos los miembros de la familia, desde el *patró* ó amo hasta el último de los criados. Con tan piadosas prácticas, y gracias á la caridad con que todas las familias pudientes procuran mantener en sus casas algún joven aspirante al sacerdocio, el Seminario de Vich es de los más numerosos de España, si no es ya el primero, y el bien que las familias cristianas hacen con esto á la casa del Señor, Él se lo recompensa sobradamente conservando por este medio en ellas los sentimientos de piedad y preservándolas de los vicios y errores que en nuestro siglo corrompen hasta las casi desiertas aldeas de los campos.

A esta religiosa ciudad, que albergaba entonces en su recinto al joven Balmes, llevó la divina Providencia al Sr. Claret para que asentara en ella los cimientos de aquel celo apostólico que le devoró toda su vida. Luego de llegados él y sus padres, visitaron al señor Obispo, que lo era entonces el virtuosísimo D. Pablo de Jesús Corcuera, modelo de Prelados, á quien tienen por santo cuantos tuvieron la dicha de conocerle. Recibiólos el cariñoso Prelado con mucha amabilidad; y como tenía tan buen ojo, luego descubrió las buenas cualidades del joven Claret y quedó prendado de ellas. Vióle acaso también el respetable y ejemplar sacerdote D. Fortián ó Fortunato Bres, capellán que era y mayordomo de palacio, y embelesado de la virtud y amable trato de nuestro estudiante, quiso llevarlo consigo y tenérselo en casa como si fuera hermano y miembro de su familia. Así iba el Señor facilitando al Sr. Claret todo lo que conducía al cumplimiento de los designios amorosos que tenía sobre él. Aceptó, como era natural, tan generoso y providencial ofrecimiento, y se hospedó con él en la misma casa, en la que permaneció durante sus estudios, y adonde, aun siendo sacerdote, iba siempre á parar cuando iba á Vich por alguna causa. Habitaba entonces D. Fortián en una casa de la calle de *Dos Solas*, conocida actualmente por el nombre de Tortadés, la cual tiene en el jardín una torrecita, y en ella una capillita á la Virgen, que da á la Rambla de Santo

Domingo, bajo el título de Nuestra Señora de los Ángeles (1). ¡Cuántas y cuán devotas lágrimas derramó ante esta imagen el Sr. Claret, y qué gracias y consuelos tan inefables recibió en retorno! Por esto muchos años después, cuando, ya Arzobispo, se complacía en recordar los días venturosos en que iba á orar á aquella capillita ante Nuestra Señora de los Ángeles. "Acompañando yo al siervo de Dios, — escribe el P. Claret, — en una de las ocasiones que fué á Vich, siendo ya Arzobispo, pasando por la Rambla de Santo Domingo, al llegar delante

(1) Como en el lugar arriba indicado recibió el Sr. Claret gracias muy señaladas del cielo, haré del mismo una breve descripción, la cual debo en parte á la amabilidad de la dueña actual de la casa, que me franqueó todas las puertas de ella en compañía del simpático P. Claret, y me fué indicando el sitio de las diversas escenas que allí ocurrieron al Siervo de Dios, según las noticias que por tradición se habían conservado. La casa tiene una entrada ancha, aunque algo baja, portal bastante espacioso con el pavimento de grandes y blancas piedras muy bien labradas y alineadas, que forman un piso bastante llano; las escaleras son también muy anchas y de piedra, y todo indica que la casa es una de las mejores conforme al gusto antiguo, grave y sólida en la construcción y desprovista de ornatos por defuera, pero muy adornada y ricamente amueblada por dentro. Propiamente sólo tiene un piso y el desván, con algunas habitaciones que pueden con decencia utilizarse. El piso es bastante alto, las habitaciones holgadas, los muebles en la actualidad lujosos, y hermosas mamparas de cristal dividen algunas celdas, embellecidas con listones dorados y molduras también doradas. Por el lado que mira al jardín hay una espaciosa galería con balcones de piedra y vistas bellísimas. Bajando unas escalerillas que hay á la derecha se llega al frondoso jardín y al corredor que á un lado de él está levantado, y en el extremo del cual está la capillita adonde tantas veces se retiraba á orar nuestro amado Padre durante el tiempo de sus estudios. El corredor, por el lado que da al jardín, está formado de arcos rebajados, y por entre sus columnas trepaban en otro tiempo hiedras y flores, que han sido ahora sustituidas por magníficas parras que, con sus verdes pámpanos y dorados frutos, lo hacen en gran manera vistoso y poético. La capillita se eleva en el extremo y por la parte que da á la Rambla de Santo Domingo, á manera de una pequeña pirámide. Tiene dentro una imagen de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, descansando sobre un trono de forma cónica mayor que la misma imagen. Ésta tiene algo más de medio metro, el rostro es verdaderamente celestial y de expresión tan pura y amable, que parece estarse gozando de vivir allí con su Jesús entre rosas, lirios y otras delicadas flores que perfuman y hermocean el recinto que la rodea. El Niño tiene la cara graciosísima y en gran manera deseable, y aunque he visto muchos y muy hermosos, mayormente en el taller del escultor Sr. Font, de Madrid, que tiene para niños singular acierto, ninguno me ha gustado tanto como éste, y no he admirado otro que tan bien expresara la felicidad que parece sentir en verse en los brazos de su bendita Madre y á la vista de las florecillas que le recuerdan el suave olor de sus amantes y escogidos. Niño y Madre se corresponden admirablemente en la expresión de los afectos, y sus fisonomías tienen, en medio de la diversidad propia del sexo y de las edades, algo de común y parecido que hace reconocer al Hijo en la Madre y á la Madre en el Hijo como miembros de una sola familia.

de la capillita de Nuestra Señora de los Ángeles, situada en lo alto de la pared de la huerta de casa Tortadés, me dijo: —¿Ve usted aquella capillita de la Virgen? Cuando yo, siendo estudiante, vivía con D. Fortián Bres, á ella íbamos todos los días á dirigirle nuestras súplicas (1).„

El Sr. Bres con su ama, que era muy buena cristiana, ocupaba algunas habitaciones en el piso primero; pero el señor Claret sólo tomó una habitación humilde, aunque decente, en lo que llamaban piso segundo, ó sea en el desván, que aún se conserva en el mismo estado. Compónese ésta de una alcoba para dormir, oculta por un cortinaje, en la cual, como luego veremos, se le apareció la Virgen, y de un espacio regular para gabinete de estudio. La alcoba, con lo restante del cuarto, forma un rectángulo de veinticuatro á veintisiete pies de largo por doce ó trece de ancho, y tiene una ventana con vistas á algunos árboles de los patios de las casas de enfrente. Comía con D. Fortián en el comedor del piso primero, y ora porque éste vivía en él, ora por la familiaridad que tenían con los amos de la casa, disponían á su gusto de toda ella y podían libremente irse á pasear por la galería ó por el jardín.

Instalado de este modo el nuevo seminarista en la antigua Ausonia, su primer cuidado fué buscar un buen director espiritual con quien tratar todos los negocios de su alma y el plan de vida para su carrera escolar. Afortunadamente en aquel tiempo vivía en Vich un famoso director, á quien por su virtud y prudencia acudían en sus dudas toda clase de personas, y á quien hasta los Prelados que por entonces se sucedieron en la diócesis confiaban los más arduos negocios de gobierno. Era éste el célebre P. Bach, prepósito de los sacerdotes del Oratorio de San Felipe Neri, fundador que fué de un convento de religiosas, en donde pueden recogerse á hacer los ejercicios de San Ignacio las señoras que desean hacerlos con perfección; fundador también de la Casa de Asilo para los sacerdotes ancianos y enfermos y del Colegio de los Pobres, llamado hoy de San José, para los estudiantes que, aspirando al estado eclesiástico, no pueden ser mantenidos por sus padres, y, en fin, inspirador de otras obras utilísimas, varón sabio, prudente y experimentado, lleno de celo por la

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

gloria de Dios y por la salvación de las almas. "Honrados más tarde, — dice el P. Clotet, — con la amistad de tan buen sacerdote, parecíame ver en él algunos rasgos característicos del fundador del Oratorio, el glorioso San Felipe Neri (1)."

Con este Padre fué con quien el Sr. Claret determinó hacer confesión general de toda su vida y tratar en adelante los negocios de su alma, y según veremos por lo acaecido durante lo restante de su vida, parece que el Señor escogió de una manera especial á los Padres del Oratorio para dirigirle en los lances más críticos y de que dependían grandes obras del servicio de Dios. "Púsose, pues, con fiadamente bajo la dirección del P. Bach, y ayudado con sus sabios consejos estableció ya desde el principio un método de vida muy ajustado y capaz de llevarle en breve tiempo á la perfección. Levantábase á una hora fija, la cual parece que era ya entonces á las cuatro de la mañana por lo menos; ofrecía luego á Dios y á la Virgen santísima todos sus pensamientos, palabras y obras; á continuación empezaba la oración mental, que solía prolongar por espacio de una hora, y más aún en algunos casos; la materia de ella era por lo común la vida, Pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo; servía después u oía la santa Misa, y, concluída ésta, se entregaba al estudio hasta las ocho, hora en que tomaba el chocolate. Terminada esta ligera refección, repasaba la lección del día é ibase con modestia á la clase. Al salir de ella anotaba brevemente lo más principal que había oído explicar al catedrático, y descansaba hasta las once. A esta hora daba comienzo al estudio de la lección de la tarde y la terminaba á las doce, en que se recogía para hacer el examen particular de la conciencia, que versaba de ordinario sobre la virtud de la humildad, para curarse, según él decía humilde y candorosamente, de la pasada soberbia y afición á vanidades. La lectura espiritual, el repaso de lecciones, la asistencia á la clase, la visita al santísimo Sacramento y á María santísima, el estudio, el rezo del santo Rosario, el examen general y particular de la conciencia y el ejercicio del cristiano, llenaban todas las horas restantes de la tarde y de la noche (2)."

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet

Los días de asueto ó de vacaciones, en los que la alegre juventud, abrumada entre semana ó durante el curso con las tareas escolares, suele desahogarse y dar rienda suelta á sus mal reprimidas inclinaciones, eran para el joven Claret nuevo incentivo de piedad, porque en ellos multiplicaba y prolongaba las visitas á Jesús sacramentado y á la santísima Virgen, sin que le sirvieran de estorbo las abundantes lluvias ni las heladas nieves que durante el invierno suelen en Vich cubrir por muchos días las tortuosas calles. Acercábase al saludable sacramento de la Penitencia una ó dos veces á la semana, y aunque al principio sólo recibía en ella una vez el suavísimo Pan de los ángeles, embriagado luego con su dulzura y con el visible crecimiento en la virtud que este Pan celestial le producía, no pasó mucho tiempo sin que se sentara al banquete eucarístico varias veces entre semana, unas más y otras menos, según se lo permitía el director espiritual.

Aunque su principal ejercicio de mortificación era interior, refrenando y teniendo á raya las pasiones y negando su propia voluntad y juicio en todas las cosas, no descuidaba la mortificación externa, practicada por todos los santos, y que usada con discreción sirve no poco para adquirir la primera y quitar el cebo á los vicios, para atraer sobre nosotros la misericordia del Señor y asemejarnos á Él, ofreciéndole en hostia viva el sacrificio de nuestra carne, como Él sacrificó la suya hasta morir en la cruz por redimirnos y salvarnos. Las penitencias que ya entonces hacía el Siervo de Dios con permiso de su director eran éstas: los lunes, miércoles y viernes tomaba disciplina, y los martes, jueves y sábados se ponía el cilicio. Muchas eran además sus prácticas devotas, como miembro de varias Cofradías y Congregaciones piadosas. Todos los meses, como individuo de la Congregación de la Concepción Inmaculada y de San Luis Gonzaga, asistía con mucha puntualidad á las pláticas, funciones y comuniones generales de la misma Congregación; cada año, en unión con los demás sèminaristas, hacía los ejercicios espirituales por espacio de ocho días bajo la dirección de su celosísimo Prelado, y nunca omitió las devociones propias de otras Congregaciones y Cofradías á que se había alistado, como fueron la del Sagrado Corazón de Jesús y la del Rosario perpetuo en Manresa, y la de Nuestra Señora del Rosario, del Carmen y de los

Dolores en la misma capital del obispado. Ni se crea que con esto esté dicho todo, pues muchas veces sus amigos y discípulos le sorprendieron en su habitación arrodillado á los pies del crucifijo.

2. Con este plan de vida, que más parece de un religioso que de un seminarista seglar, dió feliz principio al estudio de la Filosofía, pero llevando siempre fija en el entendimiento la idea de hacerse cartujo, tanto más cuanto que había vencido ya la primera dificultad, que era el consentimiento de su padre. Sobre la mesa en que estudiaba colocó una estampa de San Bruno, fundador de la austera Orden, para que le sirviera de continuo despertador de sus deseos. Varias veces había él comunicado al director espiritual sus inclinaciones á la Cartuja y el deseo que tenía de entrar en ella; pero el prudente P. Bach le iba dando largas para conocer más claramente si aquella era la voluntad de Dios; y como el joven perseverase con los mismos deseos por muchos meses, llegó á persuadirse el buen Padre que aquella era vocación de Dios y que no debía impedir por más tiempo el cumplimiento de ella. Escribió al efecto el P. Bach al Rdo. P. Prior del monasterio de Montalegre, que está á dos leguas de Barcelona, y éste contestó, como era de esperar, que el virtuoso estudiante sería recibido con mucho gusto de todos siempre y cuando llegase. Arregladas todas las cosas, como estaba ya para terminar el primer año de Filosofía, convinieron entrambos en que nuestro joven aspirante iría allá después de los exámenes de aquel año. Así se hizo, y llegado el día de partir, el P. Bach le entregó dos cartas: una para el Rdo. P. Prior, y otra para otro Padre.

Emprendió el Sr. Claret muy contento su viaje, pareciéndole que para siempre más se alejaba del mundo corruptor y que en adelante podría respirar el suave aroma de virtud que exhalan por doquier las paredes del sombrío claustro; pero no tardó el Señor en deshacer estas dulces ilusiones y despejar la incógnita de aquellos vehementes deseos de éntar en Orden tan rigurosa, con que acrecentó de día en día su fervor desde que se volvió á él con nuevos bríos hasta la hora presente. Asegurado nuestro estudiante con el ejercicio de las sólidas virtudes en el camino de perfección en que había entrado, no eran menester ya aquellos impulsos que le arrastra-

ban á la Cartuja para mantenerse en él; y como el Señor se los había dado sólo para este fin, los hizo cesar cuando estaba en la ejecución de ellos del modo que ahora diré.

Aun no había llegado el Sr. Claret á Barcelona, cuando se levantó una recia tempestad, que se deshizo en torrentes. Él y los que le acompañaban fueron á ponerse, como pudieron, al abrigo de la lluvia, pero no sin que ésta ocasionara á nuestro joven percance no pequeño á su salud. El cansancio del camino, el vapor de la tierra caldeada por el sol, y la debilidad de su pecho, fatigado con el estudio extraordinario de aquel año, junto con la repentina humedad del suelo y de la atmósfera, le produjeron tan rudo ataque de sofocación que temió no podría poner por obra sus deseos. A esto se añadió la voz de la conciencia, que le decía: "Tal vez Dios no quiere que vayas á la Cartuja." Alarmado con esta voz no se atrevió por sí y ante sí á pasar adelante, y tornó á emprender el camino de Vich. Fué luego á dar cuenta de ello á su director, el cual ni aprobó ni desaprobó lo que había hecho, y como prudente suspendió el juicio, porque no conocía, ni podía humanamente prever, que el Señor le destinaba á fundar una nueva Congregación religiosa, que con la ayuda del Señor tanto bien había de hacer en las almas. Como el Sr. Claret á ninguna persona, fuera de su director, había manifestado el intento de hacerse religioso, se libró de las importunas preguntas de sus condiscípulos y amigos, que no suelen ser poco molestas en semejantes casos.

Con motivo de este acaecimiento, las piadosas Memorias del Rdo. P. Clotet hacen las siguientes reflexiones, que confirman lo que hemos dicho antes: "Así como Dios quiso de Abraham,—dicen,—la disposición de ánimo para sacrificar á su hijo Isaac, mas no la ejecución de tan duro sacrificio, así no siempre Dios exige de sus siervos la ejecución de los deseos de entrar en Religión, pero se los da para mantenerlos por este medio apartados de las distracciones del mundo y del peligro de las malas compañías en la edad á que más expuestos están á ser víctimas de sus propias pasiones. Así fué que el Sr. Claret no sintió la inclinación á ser cartujo sino por el tiempo referido. Dando él mismo la razón de esto, dice: "Después del primer año de Filosofía, ya no pensé más en ser religioso. Conocí que aquella vocación había sido solamente temporal,

„y que el Señor quería que, desprendido de las cosas de este „mundo, me quedase en el estado eclesiástico, como Él mismo „me lo dió después á conocer (1). „ No es éste un caso singular en las vidas de los santos, pues de algunos se lee que con todos sus deseos de entrar en Religión, ó no lo hicieron, como San Felipe Neri, ó si lo verificaron, no pudieron perseverar mucho tiempo en ella, como acaeció á San Camilo de Lelis, el cual, habiendo sido admitido dos veces en un convento de capuchinos, dos veces tuvo que salirse por una llaga en la pierna (2). Léese de San Benito José Labre que entró en tres conventos de diferentes Ordenes; y de cada uno de los tres fué despedido ó tuvo que salirse porque Dios le llamaba á santificarse con grandes austeridades en el siglo (3). Estos casos no deben confundirse con los de aquellos que, sintiéndose llamados del Señor á dejar el mundo y entrar en Religión, prefieren quedarse en el siglo, ó si entran en ella se salen sin debida causa, no correspondiendo al llamamiento divino (4).„

3. Habiendo, pues, conocido el Sr. Claret que Dios le llamaba al estado eclesiástico, siguió formalmente en el Seminario todos los estudios, conviene á saber: tres de Filosofía y siete de Teología, correspondientes á los años académicos de 1829 hasta 1839. La aprobación de todos ellos consta en los registros del Seminario de Vich, por más que, como luego diremos, estudió privadamente los últimos años de Teología por razón de las tristes circunstancias. En el primer año, que fué cuando anduvo con los deseos de entrar en Religión, cursó Lógica, Ontología y elementos de Matemáticas; en el segundo, Física general y particular, y en el tercero, Metafísica y Ética. Verdad es que el joven Claret ya desde niño se había acostumbrado á discurrir y que, aun siendo fabricante, se ocupaba en labores intelectuales todo el tiempo que le quedaba libre de su trabajo en el telar; pero como gran parte de sus discursos habían versado sobre la misma fabricación, que era la que por aquel tiempo le absorbía casi toda la fuerza intelectual, el repentino tránsito de aquellas ocupaciones á las desnudas abstracciones y á las sutilezas de la Filosofía debieron

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) *Breviario Rom.*, 18 Julio.

(3) *Suppl. Brevi.*, 16 Abril.

(4) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

hacerle al principio algo difícil este estudio, pero no tardó mucho en encauzar su claro entendimiento en aquellas materias; y si bien el primer año no rayó tan alto como otros condiscipulos, en el segundo los aventajó á todos y sobresalió entre ellos de una manera muy notable en la Geometría y Astronomía, ya porque la costumbre del estudio se lo hizo más fácil, ya por las nociones que de estas asignaturas había antes adquirido. Como el virtuoso joven estudiaba no á más no poder, como hacen muchos, sino para hacerse apto para el ministerio de la salvación de las almas, no se contentaba con dar buena cuenta de las lecciones de clase, con las cuales siempre cumplió escrupulosamente, sino que buscando el descanso en la variedad de ocupaciones, cuando dejaba de las manos los libros de texto tomaba otros, en los que, á la par que honestísimo recreo, hallaba la ilustración y amplificación de los conocimientos elementales. „Después del Seminario solía ir á la magnífica biblioteca episcopal de aquella ciudad, en la que se le veía como uno de los lectores más asiduos, sucediendo muchas veces permanecer allí solos largas horas el futuro arzobispo de Cuba y el célebre Dr. D. Jaime Balmes (1).„

Como no perdía nunca de vista el fin de sus estudios, que era el ganar almas para Jesucristo á la vez que santificarse á sí mismo, su lectura favorita la formaban los libros de religión, pero principalmente la sagrada Biblia, cuyo espíritu bebió de tal manera que aun en las conversaciones familiares empleaba casi sin advertirlo frases de la Sagrada Escritura, lo cual daba mucha unción á sus pláticas, que versaban de ordinario sobre cosas espirituales. No por esto desdeñaba los estudios filosóficos, las ciencias naturales y aun la misma literatura, pues también á estas cosas dedicaba algunos ratos, pero no tantos ni tan largos como á la primera, por ser cosas más ajenas al altísimo fin que él se proponía en los estudios eclesiásticos. También alguna vez, cuando estaba ya muy fatigado con los estudios, dedicaba algún tiempo, aunque breve, al dibujo.

Poco antes de terminar la Filosofía acaeció que vacó en Sallent un beneficio, pretendido por cierto sacerdote que, aunque vivía allí, no era natural de aquella villa, y de cuya con-

(1) Ilmo. Sr. Aguilar, *Vida del Sr. Claret*, cap. VII.